

leal-29
7 copias

Rosalia KACTAR

MAYO 13/92

Prof: David Vina

→ USO DE OTROS CÓDIGOS DE CODIFICACIONES A LA HISTORIA.
→ USO DE NOMBRES DE LUGARES.
→ FLASH-BACKS, RESUMENES, MEJORES EXPLICATIVAS QUE NUNCA...

120

serie del siglo y medio

→ DESCRIPCIÓN INVENTARIO: 81-82. EL INSTRUMENTO ESPECÍFICO QUE PERMITE LA TRANSMISIÓN DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO ES LA DESCRIPCIÓN. EL SABER ES NO FUNCIONAL.

→ REDUNDANCIA: LA REPETICIÓN DE LAS INFORMACIONES ASEGURA QUE SEAN EFECTIVAMENTE APREHENDIDAS POR EL RECEPTOR.

→ TRAMA: SE EXPONE SIN ELIPSIS NARRATIVAS [CAPÍTULO V]. CUANDO SE PRODUCE UN CORTE TEMPORAL EL NARRADOR, DE INMEDIATO LLENA EL VACÍO.

SIMPLE LINEAL ← CONJUNCIÓN (ENCUENTROS, REUNIONES, CITAS) → GENARO LONDEA
DISTINCIÓN (PEREZ SEPARACIONES, PARTIDAS) EL VOLCAN EN

→ PERSONAJES TÍPICOS: LOS PERSONAJES NO TIENEN INTIMIDAD, SON TRANSACCIONALES. PSICÓLOGO DE GENARO.

→ RASGOS LINGÜÍSTICOS: EVITA LOS MODALIZADORES, PREFERIENDO LOGRAR UN TEXTO TRANSCÉNICO. USO DE NÚMEROS VOCABULARIO TÉCNICO.

→ MOTIVACIÓN EN EL NOMBRE DE LOS PERSONAJES: ANDRÉS: ⇒ friego andrés: e hombre. posee el nombre por lo corriente en el lenguaje por excelencia.

→ NEGACIÓN DEL CARÁCTER FICTICIO DEL TEXTO: HEMETIZANDO EL DISCURSO CIENTÍFICO, EL TEXTO REALISTA QUIERE HACER OLVIDAR SU CARÁCTER FICTICIO → REALTO EN TERCERA PERSONA.
DONATA: ¡A QUE OTORRA EL... ANA QUE CARRIA LA VIDA DE ANDRÉS.
ANONIMI: A NOMBRES
GENARO: LO GENÉRICO: ALGUIEN QUE INDIENTA DEL OSCURO MUNDO DE LA...
MÁXIMA: CLASE SOCIAL A LA QUE PERTENECE MÁXIMA

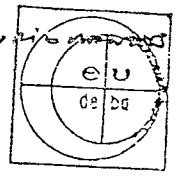
EDITORIAL UNIVERSITARIA

En la sangre

Eugenio Cambaceres

BS. AS: CEAL, 1967

DE BUENOS AIRES



Presentación por David Viñas

Las cuatro novelas de Cambaceres --Pot-Pourri (1881), Música sentimental (1884), Sin Rumbo (1885) y En la sangre (1887)-- cubren el período de apogeo de la élite liberal. Mejor dicho, por sus tensiones internas y su penetración se convierten en el testimonio de mayor sagacidad y en la crítica más lúcida de ese momento inaugurado con el ascenso a la presidencia del general Roca en 1880 y que significativamente se prolonga en 1886 con el gobierno de su concuñado Miguel Juárez Celman. Su caracterización hoy ya resulta nítida: capitalización definitiva de Buenos Aires, liquidación del malón y la montonera que en la perspectiva liberal eran valores análogos, organización del puerto sobre el que converge la red ferroviaria nacional, sistematización de todos aquellos engranajes administrativos que favorecen una creciente política centralista, perfeccionamiento del aparato político que permite controlar los gobiernos provinciales. El proceso del Unicato montaba así su estructura de base.

Pero para una comprensión cabal de Cambaceres, su obra y su contexto, corresponde insertarlos en un encuadre histórico más amplio que, al evidenciar analogías y condicionantes iniciales, no solo revele orígenes, influencias y aprendizajes, sino también las dimensiones reales de su novelística. Se hace necesario aludir, pues, a la expansión imperialista en la segunda mitad del siglo XIX: si la primera revolución industrial a fines del siglo XVIII se había llevado a cabo a expensas de las formas pre-capitalistas en el interior de países como Inglaterra y Francia, en la segunda mitad del siglo XIX el proceso rebasa esos límites nacionales. Es la llamada segunda revolución industrial, vinculada al

© 1967

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES - Rivadavia 1571/73

Fundada por la Universidad de Buenos Aires

Hecho el depósito de ley

IMPRESO EN LA ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

nuevo proceso para fabricar acero, la invención del dinamo, el primer motor de combustión interna que se articulan con los descubrimientos de oro en California, Australia, Nueva Zelanda, Sudáfrica y Alaska, puntos de partida de la integración y el despliegue de nuevos capitales en condiciones de cubrir las posibilidades de inversión. Se asiste a la era del capital financiero que empieza a tender sus líneas sobre la totalidad del globo: las empresas navieras y el telégrafo imbricados con los excedentes de capital y de la producción industrial avanzan y se imponen, pero complementariamente necesitan con urgencia creciente las materias primas de países como el nuestro y los de América latina.

Correlativamente, a nivel continental, las características que se van dando bajo los gobiernos de Roca y Juárez Celman se repiten con los matices locales en la Venezuela de Guzmán Blanco, con las presidencias de Santamaría y Balmaceda en Chile, con el predominio del civilismo en el Perú, con los grupos que sostienen a Julio Herrera y Obes e Iriarte Borda en Uruguay o con el extenso poder de Porfirio Díaz en México. Cada uno de ellos se convertirá en intermediario, realizador y beneficiario de políticas nacionales que se complementen con la onda expansiva surgida en Europa.

Y para acercarnos a Cambaceres; encabalgada con el proceso de importación de capitales de los centros imperialistas, la acelerada fundación de sucursales bancarias entre el 80 y el 90, el boom financiero de esa década y la necesidad de materias primas, algo clave es la paralela importación de mano de obra. El fenómeno se produce complementariamente entre las metrópolis y los países como la Argentina. Escribe Cecil Rhodes, uno de los mayores teóricos y realizadores del proceso imperialista: "Estoy íntimamente persuadido de que mi idea representa la solución del problema social; a saber: para salvar a los cuarenta millones de habitantes del Reino Unido de una guerra civil funesta nosotros, los políticos coloniales, debemos dominar nuevos territorios para ubicar en ellos el exceso de

población, para encontrar nuevos mercados en los cuales colocar los productos de nuestras fábricas y de nuestras minas. El Imperio, lo he dicho siempre, es una cuestión de estómago. Si no queréis la guerra civil, debéis convertirnos en imperialistas." Roca nos muestra el revés de la trama: "Necesitamos a todo trance, por todos los medios, aumentar nuestra población. Necesitamos brazos, brazos y más brazos para precipitar nuestro engrandecimiento." El proceso es de vaivén, profundamente dialéctico: allá sobran capitales, productos industriales y proletarios; aquí todo eso falta. Y la inmigración empieza un circuito que impactará a la Argentina, sirviendo de pivote a la novela capital de Cambaceres, En la sangre.

Pero en el gigantesco proceso trazado por la expansión imperialista y la inmigración masiva desde Europa al Río de la Plata (que además acentúa un fenómeno de tradicional influencia desde los centros hacia los países periféricos) se entretienen novedosas influencias culturales: en esa coyuntura, el naturalismo. Viéndose a sí mismos como prolongación y perfeccionamiento del realismo balzaciano. Zola y sus discípulos, al apoyarse teóricamente en las concepciones biológicas de Claude Bernard sobre las determinantes hereditarias, alardeaban un cientificismo que se conjugaba con una peculiar asunción de la realidad. Ese "realismo científico", al asumir las perspectivas más inmediatas y repugnantes con una tensión crítica indudable, en sus culminaciones de escándalo se explica como reacción polémica frente a la decadencia de la novela romántica. Dentro de esas líneas generales, Zola, teórico y jefe de la escuela, publica sus libros más divulgados entre 1870 y 1880, es decir, a lo largo de los años de aprendizaje de Eugenio Cambaceres: La fortuna de los Rougon en 1871, El vientre de París en 1873, La taberna en 1877 y en el '80 Naná.

A partir de allí el proceso de adaptación y desarrollo de los procedimientos aprendidos en el naturalismo se da en Cambaceres en forma creciente: si en Pot-Pourri echa mano en especial de elemen-

tos documentales y de testimonio al enfrentarse a la sociedad aristocrática de su tiempo, la crítica centrada sobre lo político se atenúa en un ritmo y una perspectiva a los que parece aludir el subtítulo, Silbidos de un vago; sin una arquitectura narrativa compacta, se recorta como una verdadera "olla podrida" donde se cocinan personajes acartonados o grotescos, escenas chillonas y fugaces y un lenguaje coloquial donde los giros franceses con pretensión cosmopolita se entremezclan con vocablos itálicos o deformaciones galaicas de nitida intención caricaturesca. En Música sentimental, al concentrarse los ingredientes naturalistas, las tensiones polémicas se ordenan en torno al clásico viaje a Europa de la élite gobernante, el tono zumbón se va desplazando hacia el escepticismo, las escenografías y los protagonistas bordean lo prostibulario y la perspectiva crítica es soportada por el típico narrador en primera persona, experimentado y distante comentador de la moral y de los otros. En Sin rumbo el aprendizaje naturalista se redondea: el tono escéptico se exagera hasta el nihilismo, el atolondramiento o la perplejidad de los protagonistas se torna negro pesimismo hasta convertir al héroe, Andrés, en el típico abúlico de la novela naturalista que ya no bordea, sino que se sumerge en lo prostibulario resuelto con aproximaciones y precisión de microscopio.

En estas tres novelas Cambaceres utiliza tres entonaciones críticas diversas, pero siempre frente a su propio grupo social. Es la primera etapa de su obra en tanto hay una linfa interna que las une y potencia paulatinamente a partir del hecho de que las dos últimas insinúan sus núcleos respectivos en la primera de ellas, en Pot-pourri. Allí escribe: "Su padre, creyendo buenamente que no existía en su tierra casa alguna de educación superior digna de su ilustre vástago, y soñando para el niño un porvenir brillante en las ciencias, enviolo, adolescente, a completar sus estudios en Europa". En síntesis, el eje temático de Música sentimental. En otra parte habla de "Un individuo que no puede aguan-

tarse ni a él mismo", o, lo que es lo mismo, la clave narrativa de Sin rumbo.

En la sangre marca el pasaje de la crítica de la primera clase social a lo que en esos años empezaba a sentirse como "invasión", es decir, al proceso de la inmigración, a la presencia inquietante de los gringos. Las tensiones críticas y dramáticas ya no se dan en el ámbito de la élite tradicional, sino que se sitúan en medios populares: el arrabal, el conventillo, los trabajos humillantes. Y estamos en la segunda etapa de Cambaceres, donde el aprendizaje naturalista culmina. Y se invierte, pues si en Francia era escuela que denunciaba a la burguesía, aquí sirve para ampararla frente a competidores en avance. El biologismo, los rígidos determinismos atribuidos a la herencia, tienen íntegramente la estructura del libro a partir de lo obvio del título: "De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapacidad de buitres se acusaba." Se trata de un prototipo de inmigrante, del padre de Genaro, el protagonista; lo descriptivo ya implica valoración y condena. "Avezado, hecho desde chico a toda la perversión baja y brutal del medio en que se educaba —se dice ya directamente de Genaro—, víctima de las sugestiones imperiosas de la sangre, de la irresistible influencia hereditaria"; su voluntad se interpreta así como "idea fija", su ambición es vista como "codicia" y el nivel que fatalmente le corresponde es el de los "reptiles", que desde abajo contemplan a las "águilas". Estamos, pues, ante la figura del hombre nuevo, del hijo del proceso migratorio, impugnado "trepador" que en la galería de figuras del naturalismo latinoamericano se da como contraparte polémica del "abúlico" adscripto a los grupos tradicionales.

Cierto, también aquí Cambaceres debe inscribirse en su contexto: en su oblicua impugnación al inmigrante y a su descendencia aparece junto a otros escritores. Juan Antonio Argerich, en Inocentes o culpables, en 1884, escribe: "En mi obra me opongo

franca y decididamente a la inmigración inferior europea, que reputo desastrosa para los destinos a que legítimamente puede y debe aspirar la República Argentina". Se trata de un extenso lugar común de la época. Otro novelista, Manuel J. Podes-tá, en Irresponsable, de 1889 habla de un "error por herencia". José Manuel Estrada lanza el grito de "¡Perdemos en espíritu lo que ganamos en cuerpo!". El inmigrante llega a ser identificado con el materialismo, lo bajo, lo pecaminoso y, finalmente, con lo antinacional. "Nada, en una palabra —prosigue Estrada—, ha progresado ni prosperará en lo porvenir la cultura de los gauchos por el ejemplo e influencia de la inmigración extranjera." Grous-sac, por su lado, agrega: "Tan violenta ha sido la avenida inmigratoria que podía llegar a absorber nuestros elementos étnicos. Están sufriendo una alteración profunda todos los elementos nacionales: lengua, instituciones políticas, gusto e ideas tradicionales." Calzadilla se vuelve melancólicamente hacia la dimensión del pasado donde "todos se conocían y respetaban" y que empieza a disolverse. Lucio V. López es más categórico: "El elemento nuevo es esa borra de las democracias que lleva en su organismo el microbio que determina la caducidad". El proyecto liberal había propiciado la venida de extranjeros; realizado el proceso, la reacción brota en todos los planos. Los límites del pensamiento liberal van siendo marcados así por las contradicciones de la élite tradicional a la que pertenece Cambaceres. Se asiste a una inversión de la dicotomía liberal: del progresismo se pasa a la reacción, de la convicción en el futuro al rechazo de lo nuevo y a la sobrevaloración del pasado, del realismo al idealismo literario, de la exaltación de lo urbano como signo civilizador a la apología del campo y del gaucho al que se había subestimado y perseguido. Pero por debajo de las racionalizaciones literarias impregnadas de elementos racistas que culminan en el antisemitismo de La Bolsa y aun en La condición del extranjero en América del propio Sarmiento, va emergiendo claramente una típica re-

acción clasista que se encarnará en la Ley de Residencia para deformarse en 1910 en pogroms portenos hasta llegar al cierre de la inmigración dispuesto por el gobierno revolucionario de 1930.

De la crítica a su propio grupo social, pues, Cambaceres paulatinamente se desplaza hasta exacerbar al máximo los componentes naturalistas en su enfrentamiento novelístico con los resultados de la inmigración. En ese movimiento sintetiza lo positivo, las contradicciones y los límites de la década del 80 al 90; de ahí que el período de Roca y Juárez Celman aparezca como su predio temático por derecho propio. Se dijo que era el desarrollo del aprendizaje hecho en la década anterior: en lo literario, Zola; en lo cotidiano, la política y el club. Pues si Cambaceres había nacido en Buenos Aires en 1843, hijo de un químico francés establecido en la Argentina alrededor de 1833 y nieto del prócer de la revolución francesa, y si estudió en el Colegio Nacional descrito por Cané en Juvenilia, graduándose en la facultad de derecho y viviendo como heredero de una fortuna en el estilo de los gentlemen de la generación del 80, su actividad política lo lleva, en 1870, a la legislatura de la provincia de Buenos Aires y en ese mismo año es designado secretario del Club del Progreso. Su vida son sus temas y sus características críticas: en 1872 figura en la convención de la provincia, donde provoca su primer escándalo al proponer la separación de la Iglesia del Estado, y al año siguiente, es vicepresidente de su club; electo diputado nacional en el 74, se levanta contra su propio partido para denunciar el fraude electoral. En 1876 es reelecto diputado nacional, pero renuncia. El aprendizaje vital ha concluido y su actividad fundamental se deriva hacia la literatura. Cambaceres se convierte así en el novelista del apogeo de la élite liberal y coherentemente —diría— muere en París en 1888.

I

De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapacidad de buitre se acusaba.

Llevaba un traje raído de pana gris, un sombrero redondo de alas anchas, un aro de oro en la oreja; la doblesuela claveteada de sus zapatos marcaba el ritmo de su andar pesado y trabajoso sobre las piedras desiguales de la calle.

De vez en cuando, lentamente, paseaba la mirada en torno suyo, daba un golpe —uno solo— al llamador de alguna puerta, y, encorvado bajo el peso de la carga que soportaban sus hombros: "tachero" ... gritaba con voz gangosa, "¿componi calderi, tachi, señora?"

Un momento, alargando el cuello, hundía la vista en el zaguán. Continuaba luego su camino entre ruidos de latón y fierro viejo. Había en su paso una resignación de buey.

Alguna mulata zaparrastrosa, desgredada, solía asomar; lo chistaba, regateaba, porfiaba, "alegaba", acababa por ajustarse con él.

Poco a poco, en su lucha, tenaz y paciente por vivir, llegó así hasta el extremo sur de la ciudad, penetró en una casa de la calle San Juan entre Bolívar y Defensa.

Dos hileras de cuartos de pared de tabla y techo de cinc, semejantes a los nichos de algún inmenso palomar, bordeaban el patio angosto y largo.

Acá y allá entre las basuras del suelo, inmundado, ardía el fuego de un brasero, humeaba una olla, chirriaba la grasa de un sartén, mientras bajo el ambiente abrasador de un sol de enero, numerosos grupos de vecinos se formaban, alegres, chacotones los hombres, las mujeres azoradas, cuchicheando.

Algo insólito, anormal, parecía alterar la calma,

la tranquila animalidad de aquel humano haciaamiento.

Sin reparar en los otros, sin hacer alto en nada por su parte, el italiano cabizbajo se dirigía hacia el fondo, cuando una voz, interpellándolo:

—Va a encontrarse con novedades en su casa, don Estaban.

—¿Cosa dice?

—Su esposa está algo indispuesta.

Limitándose a alzarse de hombros, él, con toda calma, siguió andando, caminó hasta dar con la hoja entornada de una puerta, la penúltima a la izquierda.

Un grito salió, se oyó, repercutió seguido de otros atroces, desgarradores, al abrirla.

—¿*Sta inferma vos?* —dijo el tachero avanzando hacia la única cama de la pieza, donde una mujer gemía arqueada de dolor.

—*¡Madonna, Madonna Santa!*... —atinaba tan sólo a repetir ella, mientras gruesa, madura, majestuosa, un velo negro de encaje en la cabeza, un prendedor enorme en el cuello y aros y cadena y anillos de *doublé*; muchos en los dedos, hallábase de pie junto al catre la partera.

Se había inclinado, se había arremangado un brazo, el derecho, hasta el codo; manteníalo introducido entre las sábanas; como quien reza letanías, prodigaba palabras de consuelo a la paciente, maternalmente la exhortaba: *¡Coraque, duña María, ya viene lanquelito é lúrtimo...*, coraque!...

Mudo y como ajeno al cuadro que presenciaban sus ojos, dejóse estar el hombre, inmóvil un instante.

Luego, arrugando el entrecejo y barbotando una blasfemia, volvió la espalda, echó mano de una caja de herramientas, alzó un banco y, sentado junto a la puerta, afuera, púsose a trabajar tranquilamente, dio comienzo a cambiar el fondo roto de un balde.

Sofocados por el choque incesante del martillo, los ayes de la parturienta se sucedían, sin embargo, más frecuentes, más terribles cada vez.

Como un eco perdido, alcanzábase a percibir la voz de la partera infundiéndole valor:

¡E lúrtimo..., coraque!...

La animación crecía en los grupos de inquilinos; las mujeres, alborotadas, se indignaban; entre ternos y groseras risotadas, estallaban los comentarios soeces de los hombres.

El tachero, entretanto, imperturbable, seguía golpeando.